

### Reflexión de Cuaresma 5 de marzo

El desierto es un lugar despiadado. Es un lugar de extremos: puede ser muy frío por la noche y un infierno absoluto en el día. A veces, el desierto es un lugar muy temido, sobre todo si uno está varado en él.

Los 85.000 sirios que viven en refugios improvisados en el "campamento" Rukban, en el lado sirio de la frontera noreste de Jordania, conocen bien las dificultades de vivir en el desierto. Ellos saben que el desierto es cruel y que causa mucho temor. En esta época del año experimentan el frío. No hay agua potable ni sanitarios. Estas 85.000 personas, la mayoría mujeres y niños (en el contexto sirio esto es generalmente alrededor del 70-80% de la población), son los que han tratado de escapar de la guerra y su barbarie.

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma nos dice que Jesús es guiado por el Espíritu al desierto. Algunas de las profundas tensiones de esta historia me llaman la atención. San Pablo nos dice que la misión de Jesús es reconciliar todas las cosas con el Padre (1 Col. 20). Jesús, el reconciliador, es guiado a este desierto despiadado. Jesús, el portador de la paz, es confrontado y tentado por el padre de los temores: satanás.

Quizás es precisamente porque el desierto es temeroso y despiadado que Jesús debe ir allí. Para que la reconciliación de Dios tenga lugar, los temores y la crueldad deben ser enfrentados. Es el miedo y la falta de perdón lo que hace que la reconciliación sea necesaria.

Jesús fue llamado por el Espíritu para ir al desierto. Hoy, no solo los sirios, sino también nosotros somos llamados a ir allí. Sugeriré a estas 85.000 personas en Rukban, de hecho cada una de las 65.000.000 personas en el mundo desplazadas por el conflicto armado, como llamadas para nosotros y para el mundo. No son llamadas a un trabajo de reparación rápida (que es con lo que satanás tienta a Jesús primero: curar su hambre convirtiendo estas piedras en pan), sino con una tranquila determinación y la confianza de que la reconciliación de Dios sigue siendo una obra en nuestro mundo. Para experimentarlo, sin embargo, primero debemos escuchar la invitación del Espíritu y entrar en el desierto.



*Reflexión del P. Michael Gallagher, SJ. El Padre Gallagher ha trabajado con Jesuit Refugee Services durante 15 años. Actualmente es el representante del JRS en Ginebra, Suiza.*